

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios)

DOMINICA

INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

Otra vez se presenta á nuestra consideracion la divina persona de Jesucristo, hablando con sus apóstoles que escuchan entristecidos la palabra del Maestro, ora cuando les anuncia su próxima partida, ora cuando les muestra un porvenir preñado de peligros y persecuciones. Jesús conoce á sus discipulos, sabe que son débiles y flacos, que la tristeza ocupa sus corazones, y acude á consolarlos y fortalecerlos: Os enviaré, les dice, el Espíritu consolador, espíritu de verdad que procede del Padre y él dará testimonio de mí. Y este mismo Espíritu que os llenará á vosotros, hará que deis testimonio de mi divinidad, como testigos oculares de mi vida. Os he dicho estas cosas para que no os escandaliceis. Os echarán de todas partes, os perseguirán de muerte, os aborrecerán hasta el punto de que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio á Dios. Os lo digo

ahora para que cuando llegue la ocasion, os acordeis de mis palabras y no os cojan de nuevo los acontecimientos, y para que no olvideis que mis discipulos han de seguir mis huellas, caminando por trabajos y persecuciones, si desean llegar á la Pátria de las perfectas alegrías que nunca se acaban.

Las palabras de Jesucristo se cumplieron en los apóstoles y se cumplirán mientras duren los siglos en todos aquellos que se abracen con su bandera. La vida cristiana será siempre objeto de ódio y blanco de injustas y sañudas persecuciones. La profecia del Salvador abarca todos los tiempos, y la historia de todos los tiempos acredita la verdad de la profecia. Vivimos en un siglo que alardea de irreligioso y se goza en perseguir y atribular á los que honran con su vida la profesion cristiana. Vendrán dias tristes y horas muy amargas; la adversidad llamará á la puerta de nuestra casa, el dolor penetrará nuestras carnes, y la tribulacion amargará nuestro espíritu. La

vida es así; hay que tomarla como ella es en realidad. á fin de que no nos cojan desprevenidos la tentación y la prueba. Veamos, pues, con vista despejada estas dos verdades contenidas en el presente Evangelio, á saber; la necesidad de las tribulaciones y la manera de convertir las en nuestro provecho.

Hay que repetirlo para que se grave con sello indeleble en la memoria de los hombres: La vida no es otra cosa que dolor, tentación y batalla. El hombre nacido de muger vive poco tiempo y sus días están llenos de muchas miserias. Nuestra desdicha temporal y eterna consiste en que nos forjamos ilusiones funestas acerca de nuestra vida, pues olvidando las revelaciones de la fé y desdeñando las enseñanzas de la experiencia miramos á través del prisma engañoso de nuestras pasiones y vemos trocados los objetos. Tomamos entonces el mal por el bien, el error por la verdad, el vicio por la virtud, y buscamos el descanso allí donde no hay más que fatigas, y queremos goces, alegrías y todo linaje de venturas aquí donde no hay más que dolores, que nunca remiten y lamentos que nunca acaban. Pues bien; confesemos que esta vida es un destierro y que vamos de prisa á nuestra patria que está en los cielos. Confesemos á sí mismo y reconozcamos de grado ó por fuerza que para llegar á la patria de las alegrías es indispensable atravesar el desierto de esta vida, bebiendo á cada paso del torrente de la tribulación que se desborda sobre la cabeza de todos los desterrados, hijos de un Padre culpable, herederos

de su culpa y de las desgracias ocasionadas por la culpa.

No han de ser los discípulos de mejor condición que el Maestro ni el enviado superior á quien le envía. El hombre redimido por la sangre de Cristo há de seguir las huellas de Cristo. La copia ha de parecerse al modelo. Es principio filosófico admitido por todas las escuelas, á saber; *Si de quo magis videtur inesse et non inest, ergonec de quo minus*. Si Cristo, nuestro modelo, siendo la misma pureza y la misma santidad no quiso ir al cielo sino por el camino de la tribulación, ¿cómo pretendemos entrar en la gloria por caminos alfombrados de flores nosotros los culpables, nosotros los pecadores, nosotros, hijos de ira por naturaleza, y condenados á padecer por ley de eterna justicia? Por ventura ¿no convenia que Cristo padeciese para conquistar por la fuerza de los sufrimientos el trono de su gloria? (1) Siendo, pues, el camino del dolor el que andubo Jesucristo para entrar en su reino, dice San Bernardo, ¿cómo pretendemos nosotros miserables llegar felizmente por otros caminos á la conquista de un reino que no es nuestro y que no se debe en manera alguna á nuestros propios merecimientos? El glorioso conquistador de los cielos padeció por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas ensangrentadas, y por lo mismo gloriosas. (2) Si Cristo padeció en la carne, tomemos nosotros la espada del dolor que es viva y eficaz, que hiere para sanar, que destruye el pecado y aquilata la

(1) Luc XXIV

(2) 1a Petri., cap. II.

virtud, que domina las pasiones y restablece el reinado de la justicia, que mortifica la carne y vivifica el espíritu, que nos libra de toda servidumbre y nos devuelve la sublime libertad conquistada por Jesús en el Calvario para los hijos de Dios, hermanos suyos y herederos con él de su propia gloria. (1) Somos miembros de Cristo, y no es decoroso, dice San Bernardo que sean los miembros afeminados y voluptuosos estando la cabeza coronada de espinas. *Non decet membrum delicatum sub capite spinato esse.*

No lo dudemos: la tribulacion es la llave de los cielos, y el dolor santificado por la gracia es la puerta por donde entran los justos en las mansiones de la gloria. *Hoc porta Domini; et justi intrabunt per eam.* (2) Por la puerta del dolor entró la Santísima Virgen en el reino de la gloria, y para ceñir la corona de Reina de los Angeles y emperatriz de los bienaventurados, tuvo que ceñir primero la corona del dolor, y merecer á fuerza de angustias el título de Reina de los mártires. Por el camino del dolor y de las tribulaciones llegaron á la gloria todos los amigos de Dios. Y notadlo bien: para todos hay dolor en la vida, para todos hay participacion en esta comun herencia de lágrimas y tribulaciones y nadie puede renunciarla, pero vemos que Dios envía á sus amigos la mejor parte de esos dolores, y la mayor suma de trabajos y tribulaciones. Todos los que sigan á Jesucristo, (3)

sufrirán persecucion. Los apóstoles son los amados del Señor y porque los ama con ternura de Maestro y con entrañas de Padre, envíalos como ovejas entre lobos, y les dice que el mundo entero se armará contra ellos, que los arrojarán de todas partes y cualquiera que los matare, creará haber hecho una obra agradable á Dios y digna de loa entre los hombres. Así sucedió. Los apóstoles siguieron las huellas de su Maestro, sufriendo todo género de tribulaciones, derramando su sangre y muriendo heroicamente por la conquista del cielo.

Esta es la vida presente, vida de tentacion, de dolor y de prueba. Hemos de pasar por muchas tribulaciones si queremos arribar á las beatíficas playas de la gloria. (1) Dificil es, decia San Agustin, tengo por imposible gozar aquí de los bienes presentes y luego de los futuros, disfrutar ahora las delicias terrenas y despues las celestiales. ¿Qué resta, pues? Si es necesaria la tribulacion, si nadie está exento de esta ley del dolor, si no hay corazones sin congojas, ni ojos que no derramen lágrimas ni vidas que no sean probadas en el fuego de la adversidad, ¿dónde encontraremos consuelo? ¿dónde el auxilio y la fuerza para sacar á salvo nuestra virtud y dominar las tempestades de nuestra agitada existencia? No encontraba David más que dolor y tribulacion, pero convertia en su provecho la tribulacion y el dolor, invocando el nombre del Señor. (2) Levantaba sus ojos desde el abismo de su miseria hasta los mon-

(1) *Ibidem*, cap. IV.

(2) Psal. 117.

(3) 2.^a ad Thim. III.

(1) Act. XIV.

(2) Psal. 114.

tes eternos, y exclamaba lleno de congoja: ¿De dónde me vendrá la fuerza y el consuelo? Y al punto se daba una respuesta, llena de esperanza: El auxilio me vendrá del Señor que hizo los cielos y la tierra y se compadece misericordiosamente de aquellos que padecen tribulación: (1) ¡Dichosos los que sufren por amor de Dios. Bienaventurados serán los que padezcan por su fé y sean maldecidos por el nombre de Cristo. No les faltará valor para sufrir, porque vendrá sobre ellos el Paraclito, el Consolador, el Espíritu de Jesús, espíritu de fortaleza de luz y de victoria, y este obrador de maravillas convertirá nuestros dolores en delicias, nuestras tristezas en alegrías, nuestras tribulaciones en merecimientos, y cuando nuestra alma haya sido probada como el oro en el crisol, recibiremos la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman.

PAULFÉ-VAL.

No es posible leer sin con-verse los siguientes párrafos de una carta en que Paul Féval cuenta su conversión al Padre Aquí les Rey, Superior de la capilla provisional del Sagrado Corazón de Jesús de Montmartre:

«...Había hecho una carrera brillante; se me tenía por hombre honrado y dichoso. Muchas personas me honraban con su estimación, y hasta tenía envidiosos.

»Aconteció una vez que me ví ar-

(1) Psal. 120.

rastrado por la bancarrota de una sociedad de crédito donde guardaba mis ahorros.

»No caí de muy alto; pero caí.

»Una vez en el suelo, yo, que creía tener muchos amigos, me ví de repente solo en medio de mi familia, esto es, de los que viven por mí. No sabía ser pobre, y llegué á desear la muerte.

»Me quedaba como único recurso lo que algunos llamaban mi *talento*. ¡Oh qué poca cosa! La víspera, en efecto, tenía su precio; pero hoy que quería cambiarlo por un pedazo de pan, los que compran el talento para revenderlo, me cerraron la puerta, excepto uno solo, á quien doy gracias con todo mi corazón.

»Seguí trabajando, ¡pero tan poco y tan mal! Un día, en la miserable página empezada, ví pintada la desesperación. Me acechaba. Tuve miedo. Llamé á Dios.

»Dios no vino: estaba conmigo. Le oí responderme en lo más profundo de mi ser; lo sentí palpar en las entrañas de mi conciencia y deramé la primera lágrima, tan dulce para mis ojos, como cuando era niño la caricia matinal de mi madre que me despertaba en la cuna.

»Al otro día fui á hablar con un hombre excelente que sabe mucho, que no se apura y que me quiere. Puede ser mi hijo y yo le llamo mi padre. Me enseñó, sin darme cuenta de nada, cosas tan grandes como sencillas, que yo creía saber; solamente que á medida que pasaban de su corazón al mío, se rasgaba el velo que cubría mi interior de tal manera, que pude enseñarle desnuda el fondo de mi pobre alma, y por su

boca, nuestro Padre, que está en el cielo, me perdonó.

»Al día siguiente era Navidad. Mi mujer y mi hija me condujeron temblando y con el corazón oprimido al santuario donde descansan los mártires más recientes de nuestros tiempos, que tendrá aún otros mártires. Me acerqué á la sagrada mesa, é hice mi segunda Comunión cuarenta y siete años después de la primera.

»Así se anularon los dos extremos de mi vida, pasando por el abismo de medio siglo perdido. ¡Bendito sea Dios en la grandeza de sus misericordias! Me levanté regenerado y fuerte. Con la ayuda de Jesucristo viviré y moriré con esta fuerza.

»A la vuelta nos esperaba en casa la sonrisa de los pequeños. ¡Fué día de fiesta! Me devoraron á besos.

»Desde entonces ha vuelto la alegría... En el tiempo de las vacaciones hay en casa horas felices. Somos diez. Todas las noches, los ocho niños se arrodillan alrededor de su madre, y yo á los pies del crucifijo, digo la oración que está en las primeras páginas del Catecismo. Sus voces desiguales me responden, algunas ya varoniles, y otras ¡tan dulces! Allí están el soldado de mañana, el marino del año que viene, la cabeza rubia que dentro de seis años será de la escuela politécnica, el moñetudo angelote que pleitará dentro de doce: hay ya la que trabaja para vivir, y que no sabía ayer que sus estudios le servirían; la mayor de las tres, que también trabajarán, que lo saben y de ello están orgullosas. Que Dios los bendiga á todos y á todas. ¡Padre mío, son buenos hijos, tienen buen corazón!»

A impulsos de la Gracia, el célebre escritor refundió luego sus novelas, que, convenientemente expurgadas, pueden hoy correr sin el menor peligro en manos de la juventud.

LAS DOS MADRES.

A UN ANTIGUO DISCIPULO EN EL DIA DE LA SUYA

(EJEMPLO.)

Mirale con compasión...
¡No te dejes Madre mía!

Hoy hace un año, mi querido X... que para celebrar el día de tu madre, te impusieron el escapulario de la Virgen Santísima. Quise que celebraras estas dos fiestas en un solo día, para que también reunieras en tu corazón estos dos santos amores, que han de salvar tu alma. Esta misma idea me hace recordarte hoy su aniversario, narrándote uno de esos ejemplos que llama la incredulidad *vulgaridades*, porque su vista miope no sabe descubrir la profunda enseñanza y la religiosa poesía que en ellos se encierra. Ni lo santo, ni lo grande ni lo bello, entran por el entendimiento entran por el corazón, y por eso puse tanto empeño en enseñarte á sentir, para que supieses gustar estos placeres del alma.

Las cosas santas han de leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas; y tu corazón todavía de niño sabrá comprender hoy estos renglones, tal como para tí los concibe el mío. ¡Pero será lo mismo mañana?... Cuida, hijo mío, de que al arrancarte el mundo las ilusiones, no se lleve detrás la fé de tu alma: cuida de que al leer este ejemplo que

para tí escribo, con aquella dulce y triste prevision con que el desengaño prepara á la inocencia el camino del arrepentimiento, puedas repetir siempre lo que dijo un hombre célebre á quien la fé hizo en su juventud gran poeta, y el orgullo en su vejez gran impío.

Si quelque enseignement se cache en cette histoire,
Qu'importe?... Il ne faut pas la juger, mais la croire. (1)

Escucha ahora el ejemplo. Habia un condesito bueno como un ángel y noble como un rey: que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educacion brillante habia perfeccionado los sentimientos de su corazon y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Habiale inculcado su piadosa madre una profunda devocion á la Virgen Santísima, cuyo escapulario traia siempre consigo. Llevábale cuando niño ante un altar de la Purísima, y le enseñaba á invocarla con el dulce nombre de *Madre*. Así fué que el amor de esta madre del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazon del niño, unidos y enlazados como dos áncoras de salvacion que hubieran de salvar al mismo navío. Profesaba á la Virgen aquel amor tierno y confiado que le inspiraba su madre: amaba á ésta, con aquel respeto y veneracion santa que infundia en su corazon de niño la imágen de María.

Pasó la niñez con su inocencia, y llegó la juventud con sus devaneos.

(1) Si alguna enseñanza encierra esta historia,
¿Qué importa?... No es necesario juzgarla, sino creerla.

El jóven conde se separó de su madre, para ir agregado á una embajada, á una córte extranjera. Su corazon abierto como una rosa á todos los impulsos de la brisa, de nada desconfiaba: poco á poco trastornó su cabeza la lisonja, y corrompieron su corazon el ócio y la opulencia. Una á una se ajaron entonces sus creencias, y uno á uno se marchitaron sus sentimientos, como una á una caen tambien las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazon el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala, el lastre que salva á la nave del naufragio. Arrodillábase todas las noches junto á su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Ave-Marías á la Virgen Santísima, acabando con esta popular oracion, que entre besos y caricias le habia enseñado su madre:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.
A tí, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este dia
Alma, vida y corazon
Mírame con compasion,
¡No me dejes, Madre mia!

—¡No me dejes, madre mia! repetia siempre al dormirse el infeliz conde; y una pena amarga y una angustia tristísima nacia entonces en su corazon, y crecia y subia en él, como en las mareas del mar, las olas amargas. ¡Era el remordimiento!

Más al dia siguiente volvía á sus devaneos, deslizándose sin sentir por esa resbaladiza pendiente, que del vi-

cio conduce á la degradacion, y de la degradacion al crimen. Un dia marchó á una gran partida de caza, acompañado por un amigo infame que le habia perdido; sorprendiéndoles en el campo una tempestad horrible, y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio, y el conde le imitó, despues de rezar con más vergüenza y amargura que nunca, su cotidiana oracion á la Virgen.

Parecióle á poco que veia entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada, y era la de su amigo. Vió entonces cómo era la suya conducida por la conciencia al pié del tribunal supremo: vió tambien á su madre que postrada ante el Juez Divino, pedia misericordia para el hijo de sus entrañas. Arrojó Luzbel sonriendo en la balanza eterna los innumerables pecados del conde, y el platillo bajó rápidamente hácia el abismo.

Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angustia; Luzbel un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María, con doce estrellas por corona y la plateada luna á sus plantas. Postróse al lado de la condesa en ademán de súplica, y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Ave-Marías rezadas por el conde. Más no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió con persistencia horrible inclinado hácia el abismo.

Tomó entonces Maria las lágrimas que derramaba la condesa, y las puso en el platillo de las buenas obras; más este permaneció inmuta-

ble. Los ángeles gimieron de nuevo: la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda su esperanza. Volvió entonces María hácia el Juez Divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron á unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oracion del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus *dos madres*, salvaron el alma del hijo extraviado.

Un trueno horrible despertó entonces al conde. A dos pasos de su lecho, vió inerte en el suyo y carbonizado por un rayo, el cadáver de su amigo.

Múrcia, 1.º de Julio de 1880.

LUIS COLOMA, S. J.

(*Mensajero del Corazón de Jesús.*)

UN EJEMPLO.

De nuestro querido compañero *La Verdad*, de Santander, tomamos lo siguiente:

«Los jóvenes estudiantes de la universidad de Nápoles han tomado una resolucion saludable á fin de preservar á la juventud de las provincias meridionales de Italia de caer en las redes masónicas. Doscientos jóvenes puestos de acuerdo han fundado una asociacion universitaria católica, á ejemplo de las ya instituidas en Pádua, Turin, Pavia y Génova. Inauguróse esta sociedad el domingo último en el gran salon del palacio de los príncipes de Caianello, espléndidamente adornado é iluminado. Sobre la tribuna de los oradores, entre festones y candelabros, estaba colocado un re-

trato de Santo Tomás de Aquino, cuyo nombre ha tomado la asociación, ya que el santo es una gloria de las provincias meridionales de Italia y de la universidad de Nápoles, que le contó como discípulo y como profesor.

»Asistieron á la sesión inaugural, en la que se pronunciaron elocuentes discursos y se leyeron bellísimas poesías, el Cardenal San Felice, el Rector y algunos profesores de la universidad de Nápoles. Se habló principalmente de la armonía entre la ciencia y la fé y de la necesidad en que se encuentran los estudiantes católicos de unirse en asociaciones que tengan por fundamento la Religión católica y el estudio. Terminó la sesión pronunciando un docto y elegante discurso el Cardenal Arzobispo.»

La nobilísima y cristiana conducta de los estudiantes de Nápoles, merece toda clase de elogios y es digna de ser imitada por la juventud católica y estudiosa.

Lo acaecido en la hermosa capital de uno de los más hermosos reinos de Italia, no debe darse al olvido por los que aspiran á servir la causa santa de la Iglesia, combatida hoy en las universidades del Estado.

Reciban los nobles estudiantes napolitanos nuestra entusiasta enhorabuena.

VARIETADES.

En Solarolo, aldea considerable de las Romanas, tres concejales atecs propusieron á la autoridad municipal y provincial y obtuvieron de ella permiso para demoler una iglesia

dedicada á San Sebastian, con pretesto de que el culto de dicho templo costaba mucho al monte de Piedad, que ejercia el patronato y que además el local del templo era, (y esto es falso) mal sano y húmedo. Los tres concejales quisieron dar pruebas de valor presenciando los primeros trabajos de demolición. Se comenzó por quitar de un altar la estatua de San Sebastian, tirando otros altares y sacando de los sepulcros los huesos de los muertos. A los que hacian algunas observaciones sobre tan vandálico sacrilegio, contestaba el jefe de los concejales incrédulos: «Si hay excomuniones por esto, vengan yo las recojo.»

Al poco rato sintió dolor en una mano; de esta pasó á todo el cuerpo y perdiendo el habla falleció á las 48 horas. Al mismo tiempo una apoplejía mataba instantáneamente al segundo concejal y el tercero sufrió una parálisis en la lengua.

El terrible suceso causó en Solarolo tan profunda impresion como puede imaginarse entre aquellos que quieren aparentar que no creen en los castigos de Dios.

Entre tanto por orden superior se suspendió la demolición de la Iglesia y se rogó al Arcipreste que volviera á colocar en su templo la estatua de San Sebastian.

El número de Mayo de los *Anales de la Propagacion de la Fe* contiene la lista de las sumas recogidas con este objeto en las diversas diócesis de Francia, y que asciende á 2.141.700 francos.

Imp. de la FIDELIDAD CASTELLANA.